

Lo primero que hizo Gustavo á su regreso fué dirigir á Baerwald una carta de censura, en la que, si bien en forma comedida y cariñosa, se quejaba de que su esposa había hablado á su madre de un modo no muy favorable para la señora Ehrwein, y que aquélla se hallaba muy intranquila.

«No encontré nada digno de censura en la carta que envió Eduvigis á tu madre—le contestó Baerwald—. Nosotros nos sorprendimos al ver por la carta de tu madre que no le habías dicho nada. Creo que estabas en el deber de habérselo manifestado, con lo que no hubiera tenido que recurrir á nadie para enterarse de lo que pasaba; á más, que no me explico tus misterios. Si te casas, es preciso que lo sepa tu madre; en cuanto á la resolución que con tal motivo ella tome, permíteme que siga guardando la reserva que he manifestado hasta aquí. Tú no me has pedido consejo y yo no me he creído en el caso de dártelo. Tú tienes, además, edad suficiente y bastante talento para saber lo que te haces. Tú no has contado con mi aprobación, lo cual no creo que constituya una parte in-

tegrante de tu dicha. Deseo tu felicidad y quiero evitarte molestias con mis dudas, pues me parece demasiado tarde para intentar cambiar el curso de las cosas »

Gustavo contestó seguidamente, diciendo que no comprendía cómo Baerwald podía decirle aquello. Que si él hubiera tomado la resolución de casarse, se la hubiera comunicado á él, su mejor y más antiguo amigo. Que había trabado conocimiento con la señora Ehrwein en Magdeburgo, y que sentía por ella admiración y respetos que no pasaban los límites de la amistad.

La respuesta de Baerwald no se hizo esperar.

«Perdona á tu viejo amigo su sinceridad, pero tu carta del 7 de Febrero me dejó sin saber qué pensar de ti. Ehrwein misma ha sido quien me ha dicho lo de sus relaciones amorosas contigo. Después de leer la tuya he ido á interrogarla personalmente; es posible digas que me he metido en lo que no me importaba, pero la cuestión reviste demasiada importancia para justificar, por mi parte, semejante conducta. La señora Ehrwein, después de algunas digresiones, convino en que no existían entre vosotros relaciones formales. Pero cuando dije á la señora que al decirme aquello había obrado con ligereza, por toda respuesta me enseñó un cajón completamente lleno de cartas; ante aquello sentí, verdaderamente, espanto. Durante dos meses no debes haber hecho otra cosa que escribir á la señora Ehrwein; cogió entre las numerosas

cartas la primera que le vino á mano, y me la dió á leer. Gustavo, no quiero decirte nada; tú sabes mejor que nadie lo que has escrito; por mi parte me limito á decirte que cometerás una solemne locura si te casas con la señora Ehrwein, y que lo mejor que puedes hacer es desprenderte de ella. Es, á no dudar, una criatura encantadora, pero no es una mujer para ti; temo, sin embargo, después de haber leído tus cartas á la señora Ehrwein, y no obstante lo que me afirmas, que estés más enamorado de ella de lo que tú mismo te figuras.»

Gustavo, al leer aquella carta, se quedó estupefacto. ¿Cómo se atrevía Paula á enseñar sus cartas á una persona extraña, aunque ésta fuera un amigo íntimo? ¿Cómo se atrevía á comprometerle y á comprometerse de tal modo? Y ¿cómo se olvidaba, por último, de que hasta el 24 de Marzo, tanto uno como otro, no podían afirmar nada en concreto? Primero pensó escribirle á Paula, censurándola fuertemente lo que había hecho con Baerwald, pero concluyó por no hacerlo. Después de todo, ¿para qué? Pasadas seis semanas, todo estaría concluido, y por lo tanto, ¿á qué armar disgustos ni cuestiones?

En esta disposición de ánimo, el profesor no se sentía muy dispuesto á dejarse impresionar por las adulaciones de Paula. Ésta le escribía diciéndole la fuerte impresión que su figura había causado á sus hijas y á la señorita Wniter, la cual sentía tal

admiración y entusiasmo por el bello profesor, de rostro pálido, que Paula se sentía casi celosa. Que las niñas no dejaban de hablar de él, y que no cesaban de preguntar á su madre si volvería pronto. La mayor había pedido su retrato, colocándolo sobre su mesa de estudio; que deseaba saber por qué el profesor tenía tan hermosa voz y tan lindos ojos, y si no lo vería en Bruselas, porque ella quería vivir con él. Durante la corta estancia de Gustavo en Berlín, no parecía cosa muy natural el que hubiera causado tan profunda impresión, y que perdurara su recuerdo de tal manera; y al decirse esto, el profesor recordaba lo ocurrido en el entierro del suicida, y hallaba alguna relación entre aquello y el entusiasmo de las niñas y la institutriz. Esto, después de todo, no dejaba de causarle verdadero sentimiento.

En su casa reinaba el disgusto y el descontento. La señora Bruchstaedt no hablaba á su hijo y evitaba el mirarlo. Durante la comida se sentaban el uno frente al otro, pero el resto del tiempo la señora lo pasaba en su habitación. Estaba pálida y había adelgazado; sus ojos estaban siempre llorosos, envejecía visiblemente y vagaba por la casa como una sombra. Gustavo no pudo soportar aquello por más tiempo. Una mañana, en los últimos días de Febrero, entró en el comedor, según su costumbre, y sin pronunciar una palabra se acercó á ella, la cogió entre sus brazos y le dijo con acento conmovido:

—Madre, no estés de ese modo, te lo suplico.

La anciana no intentó desprenderse de sus brazos, pero tampoco correspondió á aquella prueba de ternura; se limitó á reclinar la cabeza sobre el pecho de su hijo, y comenzó á llorar en silencio. Gustavo besó sus cerrados párpados, y continuó:

—Madre, me partes el corazón.

—Tú has partido el mío—suspiró la anciana con voz imperceptible.

—Sé razonable, madre; sufres y me haces sufrir una pena inútil. No ha ocurrido nada, ni ocurrirá tampoco nada que turbe tu tranquilidad.

—Las letras perfumadas continúan llegando todos los días.

—No te preocupes de eso, madre; el 24 de Marzo todo concluirá.

La señora Bruchstaedt lo miró con extrañeza.

—¿Y por qué precisamente en esa fecha fija?

—No me pidas explicaciones; tú no entiendes de esas cosas...

—Gracias á Dios—replicó la anciana.

—Ni es posible que puedas comprenderlas. En el ambiente en que has vivido siempre, no es posible que te ocurra de otra manera.

—Tú no tienes necesidad de censurar mi origen—dijo la señora Bruchstaedt con amargo acento, retrocediendo—. Ya sé que soy una mujer sin instrucción; hubiera deseado para ti una madre más distinguida y más ilustrada, pero no tendrás que avergonzarte de mí mucho tiempo...

—¡Madre!—exclamó Gustavo estrechándola con más fuerza—; ¡madre! tu razón se extravía. ¿Cómo es posible que digas eso? Te debo cuanto soy y cuanto tengo, y el mismo rey no se avergonzaría de ti.

Como la anciana continuara guardando silencio, Gustavo continuó:

—Tres semanas se pasan pronto, y entonces te convencerás de que tus temores son injustificados; ya puedes confiar en mí durante ese tiempo.

La señora Bruchstaedt tenía confianza á medias solamente, porque las desgraciadas letras de aquel desvergonzado perfume llegaban con la regularidad acostumbrada todos los días, y algunos por duplicado. Paula estaba enamorada furiosamente, palpitaba de pasión y esperaba ser dichosa, llena de sueños y de proyectos relativos á un magnífico porvenir que, sin embargo, no estaba próximo. Gustavo procuraba convencerla de que no debía entregarse á aquellos sueños y á tales confianzas, para lo cual le manifestaba que la oposición de su madre era irreductible. En estas condiciones llegó la segunda quincena del mes de Marzo.

«¡Qué semana!—escribía Paula un martes, ocho días antes del 24.—Estoy ante el juez: ¿cuál será su fallo? ¿la vida ó la muerte? ¿En qué estado de espíritu te encuentras tú? ¿qué soy para ti? Y cuando hayamos decidido, ¿qué será de nosotros? ¡Extraños momentos! Me parece que estoy soñando. Pobre querido, te compadezco desde el fondo de

mi corazón. Te compadezco, si debes renunciar á tu dicha; te compadezco, y sacrificas tu suerte al ponerla en manos de una mujer enferma.»

—Quedaré en mal terreno—se dijo—si no le escribo una carta apasionada.

«Debo interrumpir mi trabajo—contestó á Paula el día 19—; leo tu carta de hoy y aspiro locamente á ti, querida mía. Te veo y te siento á mi lado, y muerdo con locura tu blanco seno. Me hablas de una persona que constituye tu dicha; ¿soy yo? ¿Serás siempre de la misma opinión? Te amo hasta la locura.»

El 20 le decía de nuevo que su pequeña Etienne, su hija menor, preguntaba siempre por Gustavo y añadía:

«Hoy á las ocho he recibido tu carta. Debía dormir durante ocho días seguidos. Gustavo, Gustavo, tranquilízame. La inquietud dolorosa, la aspiración ardiente; seis meses destruyen una existencia. Brillará el sol; lo anuncia la más hermosa de las primaveras.»

El día 21 le envió una carta que Gregoria, su hija mayor, le había escrito por su propia inspiración. «¿Cuándo vendrás á nuestra casa?—le decía la niña—; pero cuando vengas estarás más tiempo, porque te queremos mucho.» Paula añadía: «Yo veo esto con verdadero estupor; me encuentro bien y mal á un tiempo; no puedo salir de mi letargo; ¿qué harás tú? Decidete con toda libertad; yo me someteré resignada á tu decisión, sea cual sea.»

Gustavo respiró.

Hasta el 24 de Marzo recibió todavía dos cartas. El 22 escribía Paula: «Recibirás todavía una carta mía mañana; después haré solamente callar y esperar. Te amo hasta el delirio. ¿Lo crees?» El 23: «Yo te saludo, mi querido Gustavo. Lee ésta dos, tres veces, y repítete todo lo que no es posible decirte hoy.—*Paula.*»

El 22 de Marzo Gustavo le escribió por última vez, en la forma acostumbrada; le decía al terminar: «Mañana no te escribiré; ese día debe ser consagrado por completo á un detenido examen de conciencia; pero pasado mañana, amada mía de mi alma, recibirás noticias mías.»

La hora de la decisión llegó por fin. El profesor, á decir verdad, no necesitaba tomar ninguna, porque en realidad, la tenía tomada de antemano. La dificultad consistía únicamente en la forma de comunicar dicha decisión; había que dar á la aventura un epílogo pacífico y agradable; así lo había pensado siempre, pero al llegar el momento de ponerlo en práctica, la cosa no le resultaba tan sencilla como habíala creído.

La mentira tiene su lógica, como la verdad. Pero todos los hombres no tienen la virtud y la fuerza de voluntad para decir: «He mentado.» Gustavo no se sentía con fuerzas para esto, y se repetía que no era cosa de escribir á Paula: «Esto ha sido una comedia, es preciso que termine la representación; no te amo, y entre nosotros todo ha con-

cluido.» Esto hubiera sido honrado, pero cruel. Paula estaba enferma del corazón, y esto podía resultar para ella un golpe demasiado violento; por lo tanto, estaba obligado á sacrificar la verdad ó, por lo menos, emplear algunos paliativos. Era preciso consolarla, diciéndole que el separarse de ella no era porque sus encantos habían dejado de tener bastante fuerza para encadenarlo, sino porque circunstancias especiales, más fuertes que sus propios encantos, lo impedían. Tales eran las razones con que pensaba justificar su conducta. Pero en el fondo de su conciencia existían otras razones que él no quería examinar con detención: Paula, durante unos meses, le había llamado su ángel, su Dios. La joven le admiraba tanto como le amaba. Era, después de todo, una hermosa idea la de vivir en el pensamiento de una mujer joven como un ser sobrenatural, circundado de una aureola de oro. El profesor no quería perder su espléndida corona y convertirse en un ser vulgar, indigno de toda consideración y respeto. La nota característica de una naturaleza excepcional es, á los ojos de una mujer, la constancia en el amor. Si decía á Paula que ya no la amaba, lo despreciaría como á un ser insignificante, y si le decía que nunca la había amado, lo juzgaría como á un hipócrita y embustero. Gustavo no quería ser objeto de desprecio. En una palabra, su verdadero pensamiento, que no acababa de confesarse, era el siguiente: las relaciones debían concluir, y cada cual recobrar su

libertad, por lo tanto; pero, al mismo tiempo, debían continuar siendo los héroes del amor y de la fidelidad, como habían sido hasta entonces, y ofrecería á Paula que seguiría adorándola como hasta allí.

En su consecuencia, el martes, por la tarde, después de haber recibido las últimas líneas, en forma de súplica, de Paula, se sentó ante su mesa de despacho y escribió la carta siguiente:

«Querida, querida Paula:

»Después de dos noches de insomnio, después de dos días de sufrir la más espantosa amargura, durante los cuales he sufrido por adelantado todos los dolores que estas líneas han de causar en tu alma, voy, sin embargo, á trazarte con una claridad que me mata el camino que debemos seguir. Me he opuesto, con todas mis fuerzas, contra mi manera de ver las cosas, pero toda resistencia ha sido inútil. Lo que voy á decirte destruye por completo mi felicidad, pero estoy en el deber de hacerlo. Mi adorada Paula, debo renunciar á tu posesión, no puedes pertenecerme nunca. No me preguntes las razones: éstas son más fuertes que mi voluntad, y mi amor, sin límites para ti, es impotente ante ellas. Por ti he podido conocer el más sublime de los sentimientos, has enriquecido mi vida de una manera indecible, y en adelante no me puedo considerar en absoluto desgraciado, puesto que tengo tu recuerdo. Antes de conocerte,

las mujeres para mí no significaban mucho; ahora no significan nada. Mi vida resultará desde hoy envuelta en sombras, y tú serás la única estrella que la ilumine. He tenido un sueño delicioso, y ha desaparecido; debo marchar sin ti por el sendero de la vida. Olvida al viajero solitario y triste, y piensa con compasión y sin cólera en él. Tú, Paula, eres una criatura angelical; tú puedes recobrar la dicha; tengo la seguridad de que concluirás por encontrarla y recobrarla; así lo deseo con toda mi alma; no puedo decirme á mí mismo todo cuanto lo anhelo. Adiós, mi querida Paula; no oirás hablar de mí, pero seré, hasta mi último suspiro, tu desgraciado

»Gustavo.»

Llevó al correo la carta, y sintió necesidad de dar un largo paseo: á su vuelta fué á buscar á su madre, y le dijo sin preámbulo de ningún género:

—Todo ha concluido. Ya no existe nadie entre nosotros.

La señora Bruchstaedt lanzó un profundo suspiro.

—He rogado mucho, y el Señor se conoce que ha concluido por tener piedad de ti y de mí.

Y tras una ligera pausa, añadió con tristeza:

—La señorita Faerbach se casó la semana pasada.

—Lo cual quiere decir que yo no le interesaría mucho.

—Pero, Gustavo, ¿se puede tratar de ese modo á una señorita? Porque tú no le has hecho caso, ¿iba á meterse monja?

Le resultaba desagradable seguir ocupándose de aquello, y comenzó á hablar sobre sus proyectos para el verano. Su madre estaba intranquila y no hallaba modo de recobrar la primitiva confianza.

El profesor pasó el día siguiente entregado á una mezcla de extraños sentimientos; sentía inquietud por el efecto que habría producido su carta; se avergonzaba del papel que había desempeñado durante seis meses, al mismo tiempo que le tranquilizaba el pensar que todo había concluido. Por la primera vez, la carta diaria de Berlín dejó de recibirse, y el profesor tampoco escribió aquel día. Sin embargo, Gustavo no las tenía todas consigo. De cualquier modo, aquella ruptura ponía fin á un capítulo de su vida; ya se veía en qué forma comenzaba el siguiente.

El jueves por la mañana debía haber recibido Paula su carta; ¿no le contestaría? No era probable, porque la joven debía sentirse profundamente resentida. Su opinión sobre sí misma era demasiado elevada para que el abandono de un hombre no le causara profunda impresión; en aquel momento le profesaba verdadero odio, lo cual, hasta cierto punto, resultaba una ventaja, pues aquel odio serviría á Paula de ayuda para soportar la crisis.

Eran próximamente las diez de la mañana, y el

profesor se disponía á marchar á la Universidad, cuando la señora Bruchstaedt entró en la habitación y le entregó un telegrama.

Lo abrió con mano temblorosa y leyó:

«Necesito verte; no me condenes sin oirme; contéstame telégrafo.—*Paula.*»

Como su madre estaba delante de él y lo miraba con aspecto intranquilo, le largó el despacho.

—¡No acudas!—exclamó la anciana después de haberlo leído—. Eso es una astucia para hacerte caer en sus redes.

—¡Madre, no seas tan dura!—dijo Gustavo con acento de conmiseración—; nuestras relaciones han concluído y no volverán á renaudarse; puedes estar tranquila; pero no puedo negarme á conceder á una mujer, que ningún daño me ha hecho, un favor de índole semejante.

—Tú eres débil; te suplicará, llorará, y concluirás por ceder; hijo mío, no te ocupes más de esa mujer, ó contéstale: «No tengo más que decirte que lo que ya te he dicho.» Si vas á verla, comenzarás de nuevo.

—Está tranquila, madre; yo soy atento, pero no débil.

—Gustavo, déjame escribirle á esa mujer; es necesario que te deje tranquilo.

—Madre, tú no puedes mezclarte en esta cuestión; ten confianza en mí.

—Gustavo, va á comenzar de nuevo la historia;

quiera Dios que me engañe, pero veo venir el peligro.

—Verás como te equivocas; espera, es preciso que tengas un poco de paciencia todavía.

—No puedo; el peligro es muy grande; tú no vas á encontrar modo de defenderte de esa mujer.

Gustavo la cogió de un brazo y le puso la mano en la boca para impedirle que continuara hablando más tiempo sobre aquella cuestión.

Convencida la señora Bruchstaedt de que sus consejos eran inútiles, se separó de su hijo con gesto de dolorosa aflicción.

Gustavo telegrafió á Berlín: «¿Dónde nos veremos?» No volvió á hablar nada hasta el día siguiente, en que recibió, por la tarde, un lacónico billete de Paula en el que le decía que no le pedía que fuese á Berlín; que, por su parte, no quería volver á Colonia; por lo tanto, había pensado que fuera en Aix-la-Chapelle, para donde saldría el sábado por la noche, y Gustavo debía telegrafiarle si se encontraría en la estación de aquella villa el domingo á las diez y nueve minutos de la mañana. La carta no encerraba en toda ella una sola frase amorosa, pero sí se dejaba ver la huella de gruesas lágrimas y contenía violeta marchita.

«Estaré en el sitio indicado», contestó Gustavo. Y al día siguiente por la noche se puso en camino para Aix-la-Chapelle.

Esta vez su madre le arregló la maleta y lo acompañó hasta el carruaje. Lo abrazó, lo cubrió

de besos como si se tratara de un largo viaje y le dijo al separarse:

—Dios te proteja, hijo mío; acuérdate de tu anciana madre.

En Aix-la-Chapelle, Gustavo debía esperar bastante tiempo la llegada del tren de Berlín. Era la repetición de la entrevista de Colonia, pero las cosas habían cambiado por completo; hubiera dado algo por adelantar algunas fechas de su vida; pero había que cambiar la situación como justo castigo a su falta.

Por fin apareció Paula; al verlo se limitó a hacer un signo con la cabeza; bajó del vagón apoyada en su brazo, y contestó, cuando le preguntó por su salud, con indiferencia:

—No va mal.

Estaba algo más pálida que de costumbre, pero aquella palidez podía ser consecuencia de la noche pasada en el tren.

Se encaminaron a la salida sin pronunciar una palabra, pero al ver Gustavo que Paula se dirigía a un carruaje, le dijo:

—El hotel está ahí, no dista cien pasos.

Recorrieron en silencio el corto trayecto, y algunos minutos después se encontraban solos en la habitación que el profesor se había cuidado de tomar por adelantado.

Al verla bajar del tren, Gustavo no la había besado, ni lo hizo hasta entonces. Estaba detrás mientras ella se quitaba en silencio, ante un espe-

jo, el sombrero y el abrigo y se arreglaba el cabello, y continuaba sin tener, al parecer, nada que decirle. De pronto se volvió a él, y sacando con un movimiento nervioso, del bolsillo del vestido, la última carta que Gustavo le había enviado, se la presentó, diciéndole:

—Gustavo, ¿tú has podido escribir esto?

—Sí, lo he escrito—contestó el profesor con voz ahogada.

—Pero ¿por qué, Gustavo? ¿por qué?

—No me lo preguntes, Paula. Dispénsame la molestia de tener que decir ciertas cosas que serían igualmente desagradables para ti como para mí.

—No puedo dispensarte esa molestia; yo quiero conocer esas razones, y tú debes decírmelas. Tú no tienes derecho a condenarme a muerte sin decírmelo por qué.

—¡Á muerte, Paula! ¿a qué hacer juego de frases exageradas?

—¡Juego de frases! Te engañas, Gustavo. ¡Mírame! ¿Ves? estoy tranquila; no podrás notar en mí la menor excitación; tengo conciencia de lo que digo. Pues bien; yo te juro por la vida de mis hijas, por el amor que por ti siento, que si te llego a perder me muero.

Se dirigió al sofá, se sentó en un extremo y se secó las lágrimas que nublaban sus ojos. Gustavo nunca la había visto llorar; aquellas lágrimas le causaron profunda impresión.

—Y bien, Gustavo—añadió en vista de que el



profesor continuaba guardando silencio—, ¿por qué debes renunciar á mí?

—Podrías adivinarlo; te lo he indicado varias veces.

—¿Tú madre?

Gustavo hizo un signo afirmativo.

—¿Por qué no me quiere tu madre? ¿qué motivos tiene para ello?

—¡Te han calumniado!

—¿Y tú no me has defendido?

—Siempre queda algo.

—De modo que me sacrificas á miserables habladurías.

—Aparte de las habladurías, hay un estado de cosas que mi madre no acepta bajo ningún concepto.

—Ya comprendo—dijo Paula con amargura—; tu madre quiere que te cases con un saco de escudos, y no me perdona mi pobreza.

—Tú no conoces á mi madre: el dinero para ella es lo de menos, lo que no acepta es... tu situación de familia.

Paula calló unos instantes; después levantó la cabeza y preguntó con voz emocionada:

—¿Tú has dicho á tu madre que me amas?

—¡Qué niña eres! Mi madre no se conmueve por semejantes razonamientos.

—Gustavo, tú calumnias á tu madre; tu madre es mujer, y no puede dejar de tener corazón. Si yo me presento á ella cogida de tu mano, si me arro-

dillo á sus pies y le digo: Su hijo me ama; él no puede vivir sin mí, y yo no puedo vivir sin él, tened piedad de nosotros, ¿crees tú que tu madre, una mujer, será despiadada?

En vez de contestar seguidamente, el profesor dió una vuelta por la habitación, y luego, acercando una silla al sofá en que estaba sentada Paula:

—No se trata de mi madre solamente—dijo.

Paula lo miró con extrañeza.

—¿De qué más se trata, pues?

—No me martirices, Paula; no me obligues á que te haga sufrir.

—Quiero saberlo; no puedes causarme mayor sufrimiento que el que me estás causando.

—Tus hijas...

—¡Mis hijas!—exclamó con violencia—. ¿Y mis hijas pueden resultar un obstáculo? Gustavo, eso no es honrado. Yo tenía á mis hijas cuando me conociste: ¿por qué no te separaste de mí entonces?

—Ignoraba que eso me resultaría un obstáculo; después lo he sentido, al pensar constantemente en tu pasado. Tus hijas son encantadoras; haría por ellas, si fuera necesario, el mayor sacrificio; pero como son tus hijas, no me dejan olvidar un momento que has pertenecido á otro hombre.

—Piensa que soy viuda.

—Yo no podría casarme jamás con una viuda con hijos.

—¡Si la amas!...

—Precisamente por eso, porque la amo. Por el contrario, era preciso que me fuera indiferente y que se tratara de un casamiento de conveniencia, en cuyo caso lo de menos serían los hijos.

—Gustavo, no me explico ni tu manera de sentir ni tu modo de pensar. ¿Soy yo responsable del pasado? ¿Es culpa mía no haberte conocido antes?

—No te hago tampoco cargos; es la fatalidad, contra la cual no hay otro remedio que resignarse.

—Yo, en tu lugar, no vería en todo ello un solo motivo de obstáculo. Tú tendrás pronto treinta y tres años; si tuvieras dos hijos, yo me consideraría dichosa de servir de madre á los hijos del hombre á quien amaba. Serían un lazo más que me uniría á ti.

—Paula, tú, que tienes talento, ¿cómo puedes decir eso? No existe igualdad de ningún género; la paternidad y la maternidad son dos cosas muy diferentes.

—No lo veo yo de ese modo.

—Tú no puedes, naturalmente, ver las cosas bajo el punto de vista que las mira un hombre.

—No, Gustavo, no puedo.

Reinaron unos momentos de silencio.

—Escúchame, Gustavo—añadió Paula con voz ronca y ahogada por la emoción—. Tú no sabes de lo que es capaz una mujer cuando ama como yo te amo. Voy á demostrártelo. Estoy dispuesta á hacer el mayor sacrificio que ha hecho jamás ma-

dre alguna; estoy dispuesta á separarme de mis hijas; se las enviaré á su padre. ¿Qué dices?

—Es un sacrificio que no te aceptaría jamás—se apresuró á contestarle—; estarías deseando siempre ver á tus hijas; tu corazón sólo me pertenecería á medias. Privaría á tus hijas de su madre y no conseguiría hacerte dichosa; no, Paula, eso no puede ser.

—Gustavo, no me vuelvas loca: yo soy capaz de todo; es preciso que seas mío, ¿sabes? es preciso que yo te ayude. Tú no puedes casarte á causa de tu madre; tú no puedes vivir conmigo á causa de mis hijas. Gustavo, yo me someto á todo. No te cases conmigo, no vivas conmigo, pero déjame que te pertenezca.

—¿Qué quieres decir?

—Mi frente no se ha humillado todavía, y sin embargo, estoy dispuesta á humillarla. No tengo más que un orgullo, lo mucho que te amo, y un único deseo, ser amada por ti. Me instalaré en Bruselas. Tú me dedicarás una hora todos los días; no quiero ser una carga para ti; es preciso que encuentres á mi lado dicha y amor solamente, para que no te separes de mí.

—Paula, me estás destrozando el corazón. ¿Cómo quieres que pueda aceptar proposición semejante? Tú no sabes lo que estás diciendo; esas cosas nunca pueden permanecer secretas, y concluiría por resultar la ruptura con todo el mundo, con tus amistades, con tu familia...

—Yo no necesito á nadie, desde el momento en que te tenga á ti.

—No, Paula, no; eso es imposible. Aceptar eso sería mi muerte y tu deshonra, pues todo el mundo nos cerraría sus puertas.

—¡Tu muerte! Quieres chancearte, Gustavo; yo estoy enferma del corazón y sólo puedo vivir algunos meses. Antes de un año, te encontrarás libre de mí; pero durante este año, déjame ser dichosa; mendigo mi última felicidad por un plazo bastante corto.

Gustavo volvió la cabeza y guardó silencio. Experimentaba una especie de admiración, al ver que la mentira, expresada en fuerza lógica y elocuente, tiene alguna fuerza de persuasión.

Paula, en vista de que no le contestaba, añadió:

—He torturado mi pobre cabeza para encontrar una solución; pero tú rechazas cuantas proposiciones te presento; ya no se me ocurre nada más; busca tú alguna solución; proponme algo; yo lo acepto todo.

—Paula, tu excitación no durará siempre; poco á poco te consolarás de mi pérdida; alégrate...

—¡Por Dios, Gustavo!—gritó interrumpiéndole la joven—. ¿Puedes pensar que he de pertenecer jamás á otro hombre? ¿Tan miserable opinión tienes de mí? ¿Puede existir en la tierra un hombre para mí que no seas tú? Desde que te amo, todos los demás me causan horror; y después de todo, ¿qué hombre digno puede ya acercarse á mí? ¿Ha-

blas de mi dicha futura? ¿Olvidas que me la has quitado?

—¿Yo?—preguntó el profesor con extrañeza.

—¿Quién, si no tú? Todo el mundo sabe que nos amamos.

—Pero, Paula, eso no es culpa mía; tú eres la que has propalado nuestras relaciones; nadie lo ha sabido por mí; has olvidado que nuestra resolución no estaba tomada todavía de un modo definitivo, que nos encontrábamos en un período de reflexión.

—Esto no es un período de reflexión—interrumpió con violencia—. Tú me amas, me lo has jurado todos los días; yo no podía dejar de creerte; si pensabas en retirarte, ¿por qué no has dejado de escribirme un solo día? ¿Por qué me hiciste ir á Colonia? ¿Por qué fuiste á Berlín?

—¿No fuiste tú quien me lo exigió, Paula?

—Pues no debiste ceder; mira cómo te resistes hoy.

—Paula, eres injusta; ¿pretendes ahora que en Magdeburgo hubiese roto mis relaciones contigo? ¿Qué hubieras dicho si lo hubiese hecho?

—Hubiera dicho que eras un hombre como los demás: una mujer es bastante débil para perder la cabeza; se la toma y se la rechaza después de haber disfrutado de ella. Eso ocurre todos los días; yo no te hubiera dirigido la menor censura, y sólo me hubiera quejado de mí misma; si no habías divulgado seguidamente mi debilidad, te limitabas á cumplir el deber de todo hombre que se tiene por

caballero; la discreción es lo único que hubiera tenido derecho á reclamar de ti.

—La lección llega un poco tarde—dijo con frialdad Gustavo—, pero no por eso te la agradezco menos; dime solamente todavía una cosa. Si yo hubiera obrado como dices, ¿cómo hubieras pensado después de la aventura de Magdeburgo? ¿Qué hubieras pensado de ti misma?

—Hubiera procurado no pensar; sin embargo, no lo habría conseguido y me avergonzaría de mí misma, habría procurado no volverte á ver más; pero esas consideraciones no tienen ya objeto. De nuestro encuentro ha nacido un amor que ha constituido mi vida. Tú me has hecho vivir durante seis meses en un sueño lleno de delicias. Ahora no tienes derecho á despertarme brutalmente. Gustavo, ¿tú crees que tienes derecho á matarme?

—No, pero es que yo tampoco trato de matarte.

—Es preciso que yo te ayude á vivir. Es indispensable.

—Si es preciso que me ayudes, yo no quiero faltarte. Pero para eso necesito tener la convicción de que soy, en realidad, necesario á tu existencia.

—¡Oh, Gustavo!

—Paula, tu afirmación no me resulta suficiente; tú crees hoy que no puedes vivir sin mí, y ya verás como mañana, ó dentro de algunos días ó de algunos meses, tienes el convencimiento de que te has engañado; la prueba debe ser honrada y formal. No queramos repetirnos las faltas del pasado.

No debemos excitarnos mutuamente para impedir que el tiempo haga su obra. No nos escribiremos más ni nos veremos más. Tú reanudarás tu vida de costumbre, frecuentarás la sociedad, te divertirás, y si en estas condiciones no consigues dominar tu corazón, si sientes todavía que no puedes vivir sin mí, te perteneceré, sea en la forma que sea. Pero tengo la seguridad, Paula, de que si luchas sinceramente y cumples formalmente lo que te digo, no tardarás en confesarte á ti misma que no tienes necesidad de mí.

—Muy duras son esas condiciones, Gustavo, pero no me asustan. Todo, antes que perderte; así continuas siendo mío.

Paula le tendió la mano; el profesor la tomó vacilando, y contestó:

—Sí, sí; yo adquiero el convencimiento de que soy absolutamente necesario á tu existencia.

—En ese caso, estoy tranquila.

—No, Paula—murmuró tratando de desprenderse de ella—; desde el momento que he renunciado á ti, no tengo el derecho de aceptarte.

Paula no dijo nada, pero se sentó sobre sus rodillas y oprimió sus labios contra los suyos.